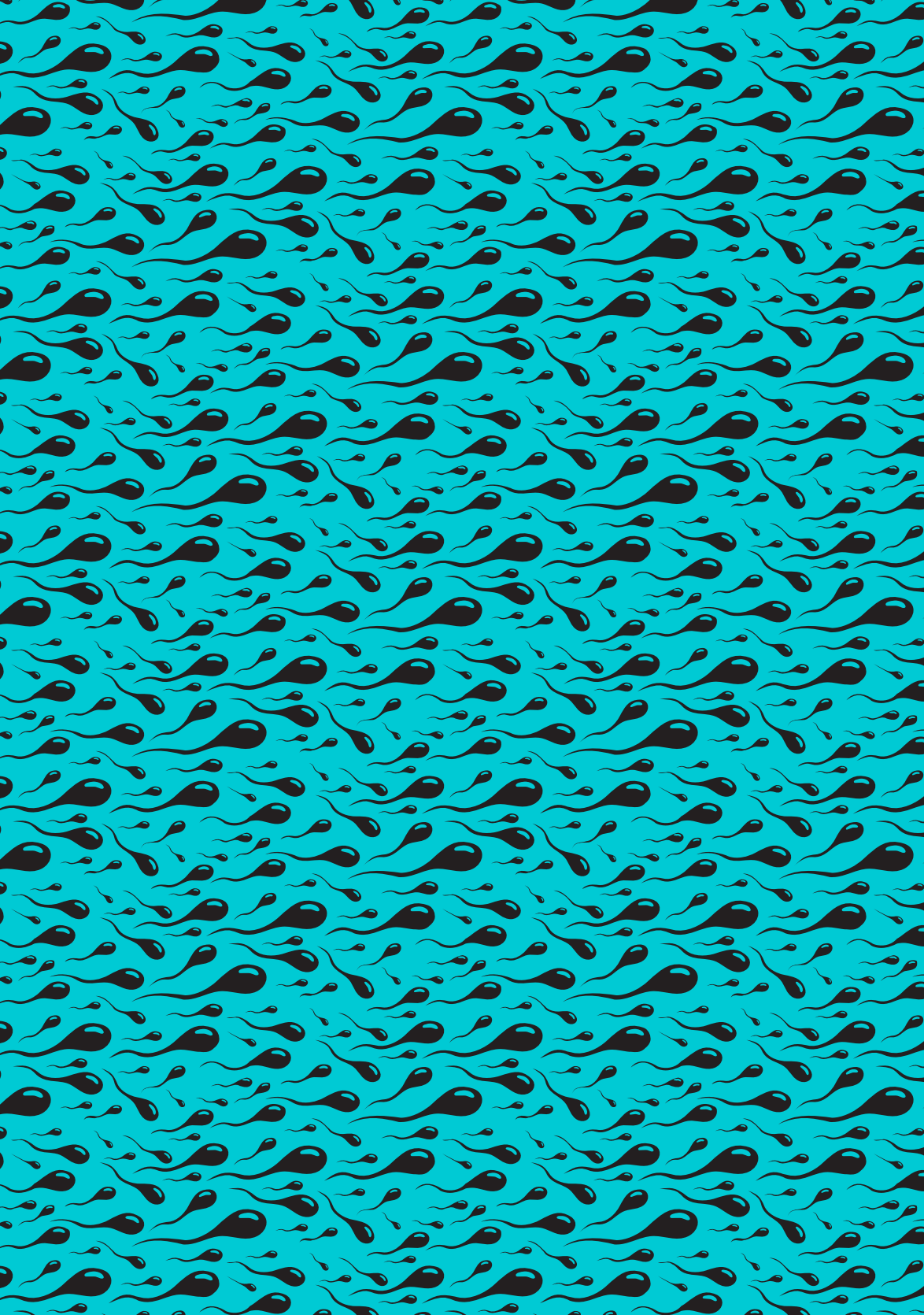




ALEXANDRA MONTOYA

YO LO DECIDÍ

CAPÍTULO DE LA GUERRA
SIN VALOR COMERCIAL

**CÓMO ROMPÍ EL TABÚ DE
LA INSEMINACIÓN ARTIFICIAL
Y ME HICE MAMÁ**



CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Alexandra Montoya es una humorista y presentadora colombiana conocida por sus imitaciones de personajes famosos en el programa radial *La Luciérnaga*. Estudió periodismo en la Universidad Externado de Colombia y se graduó de abogada en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad del Rosario en 2017. En 2012, decidió ser madre soltera por inseminación artificial. Hoy su hijo, Juan José, tiene seis años y, según ella, ha sido su mayor reto y alegría. Lleva 23 años al aire de manera ininterrumpida, y tiene un *show* llamado *La posesión va por dentro*, en el que cuenta lo tímida que es en las diferentes situaciones de la vida y cómo la imitación de voces de personajes la ayuda siempre a salir bien librada.

CONT

PÁG
14

CAPÍTULO 1

UN GRAN PASO

PÁG
24

CAPÍTULO 2

BENDICIÓN MATERNA

PÁG
46

CAPÍTULO 3

ROMPIENDO
TABÚES

FINIDO

PÁG
70

CAPÍTULO 4
YO DECIDÍ

PÁG
98

CAPÍTULO 5
BIENVENIDO,
MI AMOR

PÁG
116

CAPÍTULO 6
JUAN JOSÉ

UNGA PA

CAPITULO 10 MUEBLES
SIN VALOR COMERCIAL

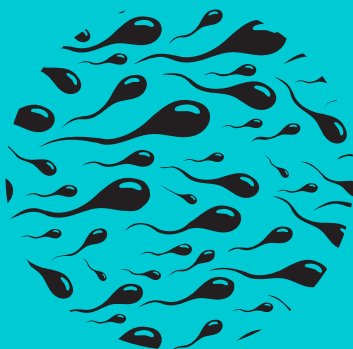
014 <
015 >

RAN

CAJUN DE MESA
SIN VALOR COMERCIAL

SO

capítulo 1



E

Estaba sentada en un cuarto pequeño y frío. Lloraba, no podía evitarlo, así como tampoco esa sensación extraña, mezcla de miedo, felicidad y ansiedad. Todo al mismo tiempo. Ese era el instante en el que tenía que tomar la decisión más importante de mi vida. ¿Estaba preparada para ser mamá? ¿Sería una buena madre? ¿Realmente era capaz de hacerlo sola? El cuarto estaba helado y, probablemente por todo lo que estaba sintiendo, lo veía más pequeño y estrecho de lo que en realidad era. Pensé en Dios y en mi mamá; el corazón se me llenó de valor y la cabeza de seguridad. Le pedí a ella que me acompañara desde el cielo, y a Dios que me diera la sabiduría para hacer lo correcto. Mi último pensamiento estando ahí sentada fue: “Si estoy acá hoy es porque esto debe ser ahora”. Me sequé las lágrimas rápidamente y sintiéndome más fuerte que nunca salí a dar la respuesta más importante de mi vida.

—Doctor Mendoza, estoy lista.

Insemineme, por favor.

Este era mi segundo intento, aunque la verdad en mi historia cuenta como el primero y único. El otro, fue una equivocación. Un día, mientras tomábamos café con un gran amigo, le comenté que estaba pensando seriamente en ser mamá y que inseminarme era una idea que rondaba en mi cabeza. Le pregunté si conocía a algún médico que pudiera recomendarme. Antes de darme un nombre, me preguntó, como el buen abogado que es, si había contemplado otras opciones como la adopción. Yo lo había pensado, por supuesto, pero tenía claro que quería experimentar en mi cuerpo todos los cambios físicos y emocionales de la preñez. Él me recomendó, entonces, un ginecólogo que conocía. Con este médico la experiencia, lamentablemente, no fue buena; resultó incomoda, dolorosa y frustrante. La vida, sin embargo, me dio otra oportunidad y tuve la fortuna de que fuera el doctor Juan Carlos Mendoza quien me atendiera en esta ocasión. Un hombre claro y honesto que me inspiró, desde el minuto cero, seguridad, tranquilidad y confianza.

018 <
019 >

Segura de que ese sería el día que me cambiaría la vida, seguí sus indicaciones. Caminé hasta la oficina de la doctora Ángela Arango, una bacterióloga especializada en embriología que me explicó, con voz cálida, las implicaciones de la decisión que acababa de tomar. Cuando empecé el proceso para inseminarme estaba segura de querer hacerlo, pero, al estar a punto de materializar ese sueño abstracto, era inevitable ver las cosas de manera distinta. Ella me hizo varias preguntas, ese procedimiento es serio, no se hace como si uno fuera a probarse un pantalón para llevárselo a la casa.

La doctora Arango comprobó que yo era apta, tanto psicológica como físicamente, para inseminarme. Ahora yo tenía

que tomar otra decisión compleja: elegir el perfil del donante de espermatozoides que utilizaría. En ese momento recordé a María Astudillo, la amiga de mi hermana que me inspiró a ser madre soltera por decisión propia. Ella tuvo un embarazo a través de reproducción asistida, otra manera de referirse a la inseminación artificial, y una de las primeras cosas que me contó cuando empecé a interrogarla al respecto, al principio por pura curiosidad periodística, fue que eligió un donante que se pareciera a ella. Como vive en Estados Unidos, que es un crisol de culturas, su catálogo de posibilidades era muy amplio: podía elegir un donante rubio, asiático, afro, anglo, latino, como se lo imaginara o quisiera. Además, como en algunos estados pagan por la donación, el número de donantes allí es superior al de Colombia, donde el proceso es voluntario y gratuito. Por decirlo de alguna manera, su paleta de colores era infinitamente variada.

Con ese recuerdo fresco en mi memoria, y sin pensarlo dos veces, opté por lo mismo. Quería que mi hijo se pareciera a mí. Así que elegí del listado el código que describía a un hombre de ojos cafés, pelo oscuro y piel blanca. Lo único que quise cambiar fue la estatura, lo pedí de más de un metro con setenta centímetros. Aunque esto realmente es una lotería, traté de escoger un perfil que me permitiera creer que tendría un buen coeficiente intelectual, opté por un profesional del área médica. En medio de las mil fantasías que cruzaron por mi cabeza en ese segundo, fui consciente de algo que me parece puntual: para mí, los médicos son sensibles y realistas frente a la decisión de ser madre por medio de inseminación artificial, de ahí que sean mayoría los estudiantes de medicina donantes de semen en relación con hombres de otras profesiones.

Ellos tienen el deseo de ayudar y saben la responsabilidad que conlleva estudiar esta carrera. Por todo eso, asumí que un médico donante de esperma es inteligente y disciplinado.

Después de tomar la decisión más importante de mi vida,

descubrí que este tema de la inseminación no es tan sencillo, fácil o ligero. En Estados Unidos y en algunos países de Europa, por ejemplo, te dan datos muy específicos de la persona que donó sus espermatozoides. Aparecen desde fotos de los abuelos paternos y maternos cuando eran bebés, grabaciones de voz de los donantes, hasta el índice de coeficiente intelectual, algo que llamó mi atención y que jamás se me pasaría por la mente a la hora de intentar quedar embarazada, con pareja o sin pareja.

Una vez revisadas las características de los perfiles de donantes que encajaban con lo que quería, escogí uno que me dio confianza. La enfermera sacó de una nevera un tubo de ensayo con menos de un centímetro cúbico de muestra. Ya había dado el segundo paso. Estaba lista para hacerlo y ahora había elegido un número, unas características, un tubito. Me hicieron pasar de inmediato al consultorio del médico. Otro momento más de emociones extremas, de poner a prueba la fuerza de mi corazón y de estar a la altura de lo que estaba por suceder. Si Dios quería, ese día quedaría embarazada y comenzaría el proceso de maternidad.

El doctor Mendoza me pidió que me quitara la ropa. Volví al cuarto frío y silencioso en el que había estado momentos antes. Me desvestí de la cintura para abajo y me cubrí con una bata azul que estaba ahí colgada. Las piernas me temblaban,

las manos me sudaban, el corazón me latía más rápido cada segundo, no pensaba de manera ordenada y escasamente articulaba las palabras. Salí segura, pero asustada. Me acosté en la camilla que él me indicó y con voz temblorosa le pregunté lo único que pude y me preocupaba: ¿me va a doler? El doctor se llenó de paciencia y me explicó cuánto tiempo íbamos a demorarnos, en qué consistía cada uno de los pasos, cómo funcionaría en mi cuerpo este proceso, absolutamente todo. Estaba con la persona más atenta y amable.

Tras asegurarse de que yo había entendido cada palabra, sacó la pajilla o cánula de inseminación de semen congelado, una especie de pitillo plástico transparente, de una bolsa esterilizada, dobló la punta para que no fuera molesto y empezó el procedimiento. Me habló todo el tiempo de lo que estaba haciendo. A los pocos minutos no sentí nada e inmediatamente después me preguntó si algo me había dolido o incomodado. Respondí que no, y entonces escuché las primeras palabras que me dieron algo de tranquilidad ese día: “listo, terminamos”. No sabía qué decir. Qué hacer. El mundo paró un segundo a mi alrededor y una pregunta más se me vino a la cabeza:

—Doctor, ¿me va a incapacitar?

—¿Te imaginas que cada mujer se incapacitara después de hacer el amor?

Vas a trabajar común y corriente. Lo que necesito ahorita es que no pienses que te acabo de hacer este procedimiento —me respondió después de soltar una carcajada.

Yo hice caso, muy juiciosa. No pensé, me relajé y esperé que pasara lo mejor. Me concentré de lleno en el estudio y en el trabajo en *La Luciérnaga*. Ese día salí directo a la universidad a presentar mi examen. Debo confesar que me sentía recargada de energía y fuerza. En la vida nos vamos encontrando las dosis necesarias de suerte, dolor, sufrimiento y felicidad, y yo debía concentrarme en otras mil cosas para no enloquecerme pensando si había quedado embarazada o no.

La única vez que tuve algo parecido a una señal fue justo el día que me inseminé. No sueño con frecuencia, pero cada vez que pasa siento que es un mensaje sobre algo que está por venir. Esa noche soñé con mi mamá, lo que ocurre muy rara vez. Ella me tomaba la mano y no sé muy bien si corríamos, caminábamos o volábamos hacia un colegio con ventanitas de cuadros pequeños y una iglesia. Las dos nos asomábamos por una de las ventanas y veíamos adentro a una niña pequeña que estaba mudando dientes, de pelo largo y oscuro, y vestida con una jardinera; era como ver a mi hermanita menor. Yo me desperté feliz porque sabía que mi mamita estaba bien, que sí estaba embarazada y que iba a tener una niña.

Entre mis clases de derecho y mi trabajo en la emisora mi horario estaba copado. Solo a la una de la mañana, cuando me acostaba, me permitía pensar en esa semillita que germinaría en mi panza. Oraba y le pedía a Papito Dios, “no te olvides de mí. Tú sabes que tienes un compromiso conmigo y conoces los anhelos de mi corazón”.

Al día siguiente de la inseminación, por la mañana, me levanté y llamé por Skype a mi hermana, que vive en Estados Unidos. Apenas contestó le dije, sin rodeos:

—Me inseminé y estoy embarazada de una niña.

Sabía que la noticia le iba a alegrar, pero me sorprendió la serenidad con la que me habló. Ella es siete años menor que yo, crecí cambiándole los pañales, vistiéndola, peinándola. Ella fue como mi muñeca. Sus palabras fueron un polo a tierra y todavía recuerdo, clarísimo, que me aconsejó no ilusionarme demasiado hasta estar completamente segura. El sueño con mi mamá podía significar que ese fuera su deseo, pero no que fuera a hacerse realidad. Sin embargo, me siguió la corriente, y cuando yo le decía que tenía un frijolito, ella me decía que también podía ser una arvejita. Creo que ella quería, en el fondo, que fuera niña. Nos reímos juntas y empezamos a alimentar un sueño conjunto: ser mamá y ser tía.

Ese encuentro con mi mamá, así solo hubiera sido en sueños, fue para mí la señal clarísima de que estaba embarazada. Un método atávico y carente de valor científico, pero que para mí significaba todo. Ella me había dado vía libre para continuar. Esa venia hizo que mi mente y mi cuerpo tomaran conciencia del proceso de gestación que había comenzado. Yo caminaba como embarazada, comía como embarazada, me cuidaba como embarazada. No me había hecho todavía la prueba de embarazo, los médicos no recomiendan hacerlo de manera temprana para no generar falsas expectativas, y tampoco sentía la necesidad de confirmar la información que me había llegado en sueños.

Por el embarazo y pensando en el bebé, cambié mi vida en un cien por ciento. Si iba tarde para un examen de la universidad, no corría; si iba tarde al trabajo, tampoco me aceleraba, si sentía hambre, comía cosas saludables. Así viví mi propia fantasía, llevando un secreto que me estallaba en el pecho, con ganas de gritarle al mundo lo que me estaba pasando.